

Del epigrama alejandrino a Partenio de Nicea

Escribe: MANUEL BRICEÑO JAUREGUI

El sentido del término *epigrama* ha evolucionado a través de los siglos. Y es el único género literario que acompaña toda la vida de los griegos, sin que en los mil años de desarrollo pierda nunca de vista el sentido original.

El significado en los clásicos es el de una “inscripción”: epitafio, dedicación, leyenda explicativa de una obra de arte, etc. Originariamente estas leyendas —esencialmente nemónicas— no llevan sino el nombre del muerto, su patria, familia, edad, o del donante y la divinidad a la que se consagra el monumento, y del artista. Y todo en prosa.

Poco a poco son algo más que breves indicaciones. Y se hacen artísticamente en verso. Las más antiguas que se conservan en griego datan del siglo VII antes de Cristo. Pero desde fines del siglo VI a. C. y principalmente en el *siglo de oro* la moda se generaliza en Grecia. Es en el Atica en especial donde tales inscripciones se hacen cada vez más delicadas y más *jónicas*, vale decir, que combinan la claridad, la expresión bella, la serenidad, fuerza y sentido poético, con la concisión. Es entonces un verdadero género nuevo, que se pone muy en boga, con vida propia e independiente. El Maestro —de vigorosa concisión y belleza— es sin duda Simónides de Ceos, de grave intensidad emocional, breve, impersonal al mismo tiempo. Dos ejemplos nos bastarán para confirmarlo:

En la victoria helena contra Jerjes (468 a. C.) escribe este epitafio para los soldados muertos:

¡Estos, al borde del Eurimedonte, entregaron hace tiempo su brillante juventud luchando contra los guerreros medos portadores de arco. Soldados valientes lucharon en la tierra y en los rápidos bajeles. Pero el más bello recuerdo que dejaron de su virtud fue su muerte!

Y en la gloriosa tumba de los 300 espartanos caídos en las Termópilas:

¡Extranjero, ve a anunciar a los lacedemonios que aquí yacemos por obedecer sus órdenes!

Añadamos otro, no menos bello, que conmemora la derrota persa en Maratón por los atenienses al mando de Milcíades (490 a. C.):

¡Grecia estaba al borde del abismo; al precio de nuestra vida la hemos salvado, y yacemos aquí!

En realidad, en el epigrama el poeta entrega su pequeña obra de arte a toda esa multitud de gente que habla a través de él. Esto explica por qué la mayoría de los epigramas clásicos se amparan en el anónimo o se atribuyen obras mediocres a los poetas célebres.

Pero el epigrama sigue creciendo en delicadeza, sentimiento y mayor depuración en la forma. Y con esto llegamos al período helenístico y bizantino.

Con estos orígenes y evolución, el epigrama pasa de la manera más natural a designar cualquier pieza en versos cortos que pueda grabarse en una placa de mármol o metal, en el sentido de inscripción, *cualquiera que sea su objeto*. Esta última acepción es ya posterior al s. II de nuestra era.

Y así, junto a los de intención exclusivamente práctica, van apareciendo epigramas de tonalidad más literaria, artificial y epidíctica —o sea, un despliegue de ingenio, nada más— pero sí de elegancia sobria y trazos definidamente breves.

Es apenas en Marcial (s. I después de Cristo) donde se encuentra por primera vez en la acepción moderna de: *una corta pieza satírica en verso, que termina con un chiste, una agudeza o un juego de palabras*. Tal como lo define un anónimo latino:

*omne epigramma sit instar apis: sit aculeus illi;
sint sua mella; sit et corporis exigui.*

(Todo epigrama debe ser como la abeja: con su miel y su aguijón; y además breve).

El epigrama alejandrino

El pleno desarrollo del género data de la época alejandrina (s. III - I a. C.). Se escriben epitafios de personajes ilustres muertos tiempo ha. Elogio fúnebre que no es ya necesariamente una inscripción funeraria. Abundan loas a los dioses, incluso se alaban ciertos animales muertos.

Y como se difunde, y está de moda en el mundo helénico, poco a poco se va alterando. Lo utilizan prácticamente todos los poetas. Unos en forma (o escuela) *dórica*: serena, objetiva, directa; otros en estilo (o escuela) *jónica*: más social, repulido, centrado en el vino y el amor.

Pero no solo los poetas. También los hombres de letras y personas cultas lo emplean a propósito de un banquete, de un regalo, de un chascarrillo, de una controversia entre amigos, de un acontecimiento social, para cualquier réplica agridulce.

Con esto se torna más familiar y más frívolo. Y hasta baja de tono... Y como el amor es el tema favorito de los alejandrinos, ellos introducen una innovación importante con el *epigrama erótico* y el análisis de los sentimientos personales. Y así cesa de ser privilegio de los muertos ilustres o para hacer reír. Y se convierte en la poesía de los humildes, de los débiles, de los pequeños, de los hechos caseros de todos los días, de quienes no se había cuidado hasta ahora la literatura griega.

Y es que la poesía epigramática se adapta exactamente a los gustos y espíritu de los medios helenísticos literarios. Por eso se les ocurre la idea de conservar tantas poesías sueltas en una como selección de lo mejor. Unos poetas incluso piensan en publicar sus propios versos reuniéndolos en libros. Pero no todos los poetas modestos son de esa opinión. En cambio los eruditos alejandrinos, coleccionadores apasionados y minuciosos de curiosidades y antiguallas se interesan al momento por esta idea. Trabajo adelantado ya por las ediciones críticas de los escoliastas o comentaristas. Añádase a esto que varios viajeros eruditos —como Polemón Periegetes, Filócoro y Aristodemos de Alejandría— han ido copiando las inscripciones de varias provincias, y sin duda también variadas poesías.

He ahí los primeros pasos para una antología o colección de piezas escogidas, o de extractos de uno o varios autores, que va a llevar diez y siete siglos de elaboración en su proceso de estratificación hasta culminar en la famosa *Antología griega*.

Sin embargo, esto no significa una larga evolución del epigrama. Porque el influjo de los viejos en los jóvenes es de mera imitación, sin progreso, sin transformación, sin personalidad. Los caracteres del epigrama son, en conjunto, los mismos: concisión, estilo lapidario, agudeza, mordacidad algunas veces, gracia, tersura, elegancia, cierta monotonía, en ocasiones pobreza de ideas, lugares comunes frecuentes, frialdad.

Mas, con todo el convencionalismo que queramos, es un documento literario de la vida íntima y familiar de los griegos en la época helenística. Porque se convierte, como ninguna otra forma, en el espejo fiel de la diversidad y de la estrechez de su vida de todos los días. Este es el verdadero interés que ofrecen los epigramas.

Porque narran las aficiones, carácter, anécdotas familiares, desventuras, como en este escrito por Calímaco:

Este extranjero era "lacónico". También mi verso (lo será). Diré solo:

THEIS, HIJO DE ARISTEO, DE CRETA.

¡Pero me resultó demasiado largo!...

O este otro: *En la tumba del pescador Pelagón colocó Menisco —su padre— una nasa y un remo —Monumento de una vida indigente—.*

O, con sencillez y realismo, presentan una conversación, un interior, un diseño, una descripción de la naturaleza, de un animal:

Extranjero: dí que esta es la tumba de la (yegua) Etiya, veloz como el viento, hija de la tierra seca, que siempre compitiendo en las largas carreras devoró espacios igual que las naves, como si fuera un pájaro.

El anterior es de Mnesalcas (s. III a. C.). Timnes, de la siguiente centuria, escribe sobre un galgo:

La placa de piedra dice que contiene el perro maltés, fidelísimo guardián de Eumelo. Lo llamaban El Toro cuando vivía, mas ahora los pasos silentes de la Noche guardan sus ladridos.

O son poemillas dedicatorios, quizás los que más luz arrojan sobre la vida de los antiguos. Apolónides, del s. I a. C. hace este epigrama:

Yo, el viejo Eufión, no cultivo un terreno de muchos surcos, ni un jugoso viñedo rico en uvas, sino que siembro una parcela pequeña de tierra con el penetrante arado, y cosecho apenas el jugo que fluye de pocos racimos. De mi poquedad la ofrenda es pequeña, pero si, bondadoso Dios, me diera más, te daría los primeros frutos de mi plenitud seguramente.

A veces son la dedicación de los instrumentos de un jardinero, las herramientas de un labriego, el sombrero viejo de un pobre —“ofrenda humilde pero presentada con piedad”— los juguetes y muñecas de una niña al hacerse mujer, las joyas de una recién desposada. Observemos la sencillez profunda y humana de este de Leonidas de Tarento:

Diofanto, el pescador, dedica como es justo al patrono de su arte estos viejos utensilios de su oficio: el anzuelo bien encurvado, las cañas largas, el sedal, las cestas para guardar la pesca, y la nasa de mimbre fabricada para atraparlos nadando, invento de los que llevan redes mar adentro, el filudo tridente —arma de Poseidón—, y los dos remos del bote.

Me crié en la isla de Tiro —escribe Meleagro—; pero la patria donde nací fue Gadara, una ciudad ática en Asiria. Mi padre fue Eucrates, por quien yo, Meleagro, fui amigo de las Musas, y por vez primera seguí tus Gracias, oh Menipo.

Ah, ¿pero que soy sirio? ¿Y qué? Extranjero, no habitamos sino una patria, ¡el mundo! De todos los mortales uno mismo es el origen, el Caos.

Yo, en mi vejez, he grabado estos versos en las tablillas de escribir, antes de mi sepultura: que de la vejez hay un vecino muy cercano, el Orco...

Despídete de mí —locuaz como soy y viejo— con una palabra de buena ventura: que yo a mi vez te deseo llegues también a ser viejo y locuaz.

Finalmente, en los epigramas se describe una calle con su movimiento y animación, dramatizado todo, burlas a los atletas, a los médicos, caricaturas...

Los poetas helenísticos han comprendido el interés que puede despertar el hombre como hombre, y cantan la muerte de un magnate, de un niño, de un esclavo, los trofeos de un guerrero, las ofrendas de una niña. Cualquier actividad humana les llama

la atención. De ahí que sea un retrato de las diversas clases de la sociedad, con los aspectos pintorescos y menos conocidos del mundo viejo, de pasiones elementales y poco durables.

“Cuando los griegos cesan de ser grandes artistas, continúan siendo magníficos y delicados decoradores”. Esto es lo que da al epigrama alejandrino su carácter más original y un interés más particular, y es lo que justifica el favor que ha encontrado siempre en el público letrado.

El epigrama conserva de ordinario su característica de ser la *poesía de los humildes*.

Historias tristes de amor

Pero también, a finales del período alejandrino y casi en todo el romano, son innumerables los nombres de poetas no epigramáticos de quienes subsisten algunos fragmentos —quizás por ser de talento muy modesto o haber dejado obras muy insignificantes—. Otros en cambio ofrecen cierto interés, como *Partenio de Nicea*, que vive en el siglo I a. C.

Por su poesía elegíaca (quedan pocos fragmentos) es muy celebrado entre los antiguos, y es *maestro de poetas*. Nace en Nicea de Siria. Es el último representante de la miscelánea poética que transmite a Roma las formas helenísticas. Durante la tercera guerra de Mitridates es cogido prisionero en Bitinia y traído a Roma (73 a. C.). Aquí, en gracia a su talento logra la manumisión. Libertado, pues, y por la merced de poderosos protectores, se dedica a la enseñanza, primero en la Capital, luego en Nápoles.

Su influjo en la primitiva poesía latina es notable. Entre sus discípulos se cuentan Virgilio y Cornelio Galo —cuyos poemas elegíacos son de los mayores del ingenio latino, según creen los antiguos críticos, pero de los que nada ha sobrevivido—. A este Galo, Prefecto de Egipto —que más tarde caerá en desgracia del emperador, y se quitará la vida— es a quien Partenio dedica su célebre colección de *Treinta y seis* breves narrativas eróticas, con desenlace infortunado, que él a su vez toma de leyendas viejas y de varios autores. Son las *Historias tristes de amor*, ocho de las cuales vamos a presentar en seguida en traducción castellana. Todas las 36 historias se conservan. Y sirven a la vez para ilustrar la tendencia *romántica* de la literatura alejandrina.

La intención de Partenio es ofrecer a sus discípulos *temas fáciles para desarrollar* como tareas de sus clases.

De novelas eróticas la afición es muy antigua, en especial en Mileto. Características son las *Milesiaka* o historias milesias, que no se conservan afortunadamente: porque son una colección de novelejas compuestas o compiladas por un Aristides de Mileto (s. I a. C.), amorosas, vulgares, de sentimiento frívolo y de una indecencia atrevida: *crimina milesia* las apellida el propio Ovidio (Tr. 2, 413-4). No falta quien las traduzca al latín: L. Cornelio Sisenna es uno de ellos, y así se popularizan (*milesiae fabulae*) sobre todo entre los soldados que van a campaña (Plut., *Cras.* 32).

He aquí ocho de las *Historias tristes de amor* o *Romances eróticos* de Partenio.

(*Texto griego*: Ed. Steph. Gaselee, Heinemann, London, 1955).

PROLOGO

Partenio a Cornelio Galo, ¡salud!

He pensado, Cornelio Galo, que a tí más que a nadie agradecería esta colección de Romances eróticos. Por eso los he compilado y escrito en la forma más breve posible. Porque esta clase de temas, tal como los tratan algunos poetas, no siempre son relatados con claridad. Lo cual mucho más podrás colegir por mis narraciones. Con esto tendrás a mano un arsenal del cual derivar lo más propio para la épica o la elegía.

Y no te vayas a enojar de que no tengan esa excelencia, en la que tú eres maestro: las he compilado únicamente como ayudas de la memoria, y por eso he creído que ahora podrán serte de alguna utilidad.

VI — LA HISTORIA DE PALENE

Erase una vez el rey de Odomantos, llamado Sitón. Su hija Palene era tan bella y encantadora que su fama llegó muy lejos; acudían pretendientes no solo de la misma Tracia, sino de regiones más distantes aún, como de Iliria y de los que habitan en las márgenes del río Tanais.

Al principio Sitón desafiaba a cuantos venían a solicitarla, a singular combate, para ganar la muchacha, o la muerte en caso de derrota. De esta manera acabó con muchos de ellos. Pero más tarde, cuando su extraordinaria fortaleza fue decayendo, conoció que debía casar ya a la doncella.

Llegaron dos pretendientes, Drías y Clito. Les ordenó que combatieran entre sí por la joven: el vencido sería muerto; al sobreviviente correspondería el reino y la muchacha. Llegó el día señalado. Palene —que se había enamorado de Clito— estaba preocupadísima por él. Mas no se atrevía a contarle a ninguna de las que la rodeaban, sino que abundantes lágrimas rodaban por sus mejillas; por fin su tutor, que era ya anciano, se dio cuenta, y conoció la pasión de la doncella. La entusiasmó a tener buen ánimo, pues todo sucedería conforme a sus deseos. Salió él secretamente a donde el cochero de Drías, y sobornándolo con mucho dinero, le persuadió a que no ajustara los ejes de las ruedas de la carroza.

Cuando los combatientes salieron a la pelea, Drías cargó contra Clito, mas las ruedas de su carro resbalaron del eje, y Clito, acudió corriendo sobre él y lo mató.

Cuando supo Sitón del amor de su hija y de tal stratagemma, construyó una pira gigante y, colocando el cuerpo de Drías sobre esta, estaba dispuesto a degollar a Palene también. Mas ocurrió un prodigio del cielo: repentinamente se desató una tremenda tempestad de lo alto, que le hizo cambiar de propósito. Así decidió aplacar con tal matrimonio a la multitud de Tracios presentes; y permitió a Clito llevarse la muchacha como esposa.

IX — LA HISTORIA DE POLICRITES

Esto fue cierta vez cuando los habitantes de Mileto hicieron una expedición contra los de Naxos, con poderosos aliados. Construyeron una muralla, devastaron el territorio enemigo, y bloqueando a los Naxos, los vigilaban por doquiera.

Y resulta que cierta doncella de nombre Polícrites había sido dejada, no sin una providencia especial, en el templo (de Artemis) de Delos, que está cerca de la ciudad. Pues bien, el jefe de los Eritreos, Diogneto, quien luchaba al lado de los Milesios, a la cabeza de unas tropas de su propia nación, se quedó prendado de ella.

Impulsado por una agudísima pasión, se lo pasaba enviando mensajes a la muchacha (pues no le era lícito arrebataria por la fuerza en el propio santuario). Ella por un tiempo se mostró mohina con tales mensajeros. Sin embargo, cuando vio la manera de insistir del capitán, dijo que jamás consentiría si no le juraba realizar lo que ella quisiera pedirle. Diogneto, sin sospechar lo que ella exigiría, juró inmediatamente por Artemis darle gusto en cualquier demanda suya. Entonces Polícrites tomó la mano del capitán, y le puso de presente que debía traicionar el bloqueo de la ciudad: y le imploraba con toda el alma por ella misma y por las tribulaciones de su país.

En oyendo Diogneto tal demanda, quedó fuera de sí, y desenvainando la espada estuvo a punto de matar a la doncella. Mas reflexionando en el patriotismo de esta, y dominado al mismo tiempo por la pasión amorosa, pues —según parece— le habían elegido para librar a los Naxos de las dificultades presentes, por el momento no respondió nada, para considerar qué debía hacer. Al día siguiente consintió en la traición.

En el entretanto, llegaron para los Milesios las festividades que llaman de los Targelia (de Apolo y Artemis), tres días después. En ellas entonces se ofrecen y beben cantidades de vino, y derrochan sin reparar en gastos. Fue entonces cuando él se preparó a traicionar la ciudad.

Inmediatamente, por medio de Polícrites, ocultando en un pan una carta escrita en tabletas de plomo, la envió a los hermanos de Polícrites (quienes eran precisamente los comandantes de la ciudad) para que se alistaran aquella misma noche, y se le unieran. La señal sería —agregaba— cuando él levantara una antorcha. Polícrates, por su parte, instruyó al portador del pan, de decir a sus hermanos que no fueran a dudar; pues el éxito de la aventura se alcanzaría si no vacilaban.

Pronto llegó el mensajero a la ciudad. Policlés, hermano de Polícrates, se quedó profundamente preocupado si obedecería aquellas órdenes o no: por fin se resolvió por la opinión de todos. Llegó la noche, cuando se les ordenaba hacer el asalto: invocó con toda fe a los dioses; se les unieron los de Diogneto; atacaron el muro de bloqueo de los Milesios; y una vez reunidos dentro, mataron gran cantidad de Milesios. Entre ellos, accidentalmente cayó muerto también Diogneto.

Al otro día todos los de Naxos estaban deseosísimos de honrar a la doncella: unos acumularon sobre ella cintas para la cabeza, y ceñidores otros, en tal cantidad que agobiada la joven por el peso de las ofrendas, se sofocó y ahogó. El pueblo le hizo al aire libre un funeral, y le sacrificó cien ovejas. Cuentan algunos que, por expreso deseo de los de Naxos, el cuerpo de Diogneto fue cremado también en la misma pira en que ardía el cadáver de la muchacha.

X — LA HISTORIA DE LEUCONE

Había en Tesalia un tal Cianipo, hijo de Fárax, que se enamoró de una bellísima doncella llamada Leucone. Pidió su mano a los padres, y se casó con ella.

Pues bien, él era aficionadísimo a la caza. Todo el día se lo pasaba cazando leones y jabalíes. Por las noches llegaba tan cansado donde su esposa, que ni una palabra era capaz de dirigirle antes de caer en un profundo sueño.

Ella, afligida por la tristeza y preocupación, estaba muy turbada. Por eso determinó correr el riesgo para expiar a Cianipo, a fin de averiguar qué era lo que le deleitaba tanto tiempo en la montaña. Así, pues, se ciñó la túnica más arriba de las rodillas y, ocultándose a sus servidoras, se deslizó por el bosque. Mas los perros de caza de Cianipo andaban persiguiendo una cierva. Cuando olfatearon a la señora, se lanzaron sobre ella y, como nadie estaba presente, la hicieron pedazos. Este fue el fin que tuvo, por el amor a su joven esposo.

Cuando Cianipo vino y encontró a Leucone despedazada por los perros, se llenó de un indecible dolor y, convocando a sus compañeros, hizo una gran pira, colocó encima el cadáver, luego sobre la misma sacrificó primero sus perros, y en seguida, con muchas lágrimas por su esposa, se mató también él.

XIV — LA HISTORIA DE ANTEO

El joven Anteo, de sangre real, había sido enviado como rehén desde Halicarnaso al palacio de Fobio, de la raza de Neleo, y que por entonces mandaba sobre Mileto.

La esposa de Fobio, Cleobea, a quien otros epellidan Fillecme, enamorada del joven luchó lo posible por ganárselo. Mas este rehuía sus sollicitaciones. Unas veces él le declaraba que

temblaba si eso se hiciera público; otras apelaba a Zeus, dios de la hospitalidad, y al compromiso de honor por sentarse a la mesa común con el rey.

Cleobea, sin embargo, llevó muy a mal todas estas razones, y se propuso interiormente vengarse de él, y antes lo llamó cruel y orgulloso. Así iba corriendo el tiempo, y ella pretendiendo que había acabado con ese amor. Cierta día echó al fondo del pozo una perdiz casera, y rogó el favor a Anteo de bajar y sacársela. Al punto consintió el joven sin sospechar nada. Pero Cleobea le arrojó una pesada piedra. El muchacho murió en seguida.

Mas ella, reflexionando en el atroz crimen que había cometido y, por otra parte todavía encendida en una excesiva pasión por el mozo, se ahorcó. Fobio, sin embargo, por esta tragedia se consideró maldito, y entregó su reino a los Frigios.

Otros autores dicen que no era una perdiz, sino una copa de oro la que fue arrojada al pozo.

XXII — LA HISTORIA DE NANIS

Cuéntase que la acrópolis de Sardis fue capturada por Ciro, rey de los persas, gracias a la traición de Nanis, la hija de Creso.

Y fue que cuando Ciro asediaba a Sardis, y nada le resultaba para la captura de la ciudad, estaba muy temeroso de que se formara de nuevo un ejército de aliados para Creso, con el objeto de destruir sus fuerzas de bloqueo. Entonces dice la leyenda que la muchacha vino a Ciro para convenir sobre la traición de la ciudadela, si él la tomaba como esposa, según las costumbres persas.

Reunió algunos ayudantes, y con otros más, dejó entrar a los enemigos por la parte superior de la fortaleza, donde no había guardas apostados debido a la fortificación natural del terreno.

Ciro sin embargo no ratificó su promesa a la muchacha.

XXIV — LA HISTORIA DE HIPARINO

Hiparino, tirano de Siracusa, sentía gran afecto por un niño muy hermoso llamado Aqueo. Y con muchos regalillos le persuadió a que dejara el hogar y se quedara con él en palacio.

Poco tiempo después, se le anunció una incursión enemiga a uno de los territorios que él gobernaba, y debía con toda prontitud socorrerlos. Estando ya Hiparino para salir mandó llamar al muchacho y le ordenó que si alguno de los cortesanos le hacía violencia le matara con la daga que él le había graciosamente obsequiado.

Cayó, pues, sobre los enemigos, los derrotó, y celebró (su victoria) con mucho vino y banquetes. Mas luego, excitado por la embriaguez y por el deseo de ver al muchacho, cabalgó hasta Siracusa. Llegó a la casa donde había ordenado al doncel que se quedara. Pero no le dijo quién era, sino que simulando el acento tesalio gritó que había que matar a Hiparino. Era oscuro; el muchacho se encolerizó, y le clavó la daga. La herida era mortal. No sobrevivió sino tres días, y perdonando a Aqueo su muerte, expiró.

XXV — LA HISTORIA DE FAILO

El tirano Faílo se enamoró de la esposa de Aristón, jefe de los Octaeos. Le mandaba regalos, y le prometía mucho oro y plata, y que si ella necesitaba cualquier cosa le mandara avisar, que no fallaría en sus deseos.

Pues era el caso que ella estaba medio loca por conseguir un collar que entonces se hallaba colgado en el templo de Atenea, la diosa de la Prudencia. (Se cuenta que antes perteneció a Erifile). No era sino este el presente que exigía.

Faílo, pues, recogió un gran botín de los exvotos en Delos, y entre otras cosas el collar, que envió a casa de Aristón. Algún tiempo lo usó aquella mujer, siendo muy celebrada por esto.

Pero más tarde le sobrevino una calamidad semejante a la de Eripile: su hijo menor se volvió loco, y puso fuego a la casa. En el incendio pereció ella y gran parte de sus riquezas.

XXXVI — LA HISTORIA DE ARGANTONE

Se refiere que Reso, antes de ir a ayudar a Troya, viajó por muchos países, sometiéndolos e imponiéndoles tributos; y que llegó a Cío (ciudad de Bitinia), atraído por la fama de una hermosa mujer.

Argantone —tal era su nombre— odiaba el vivir sola en su casa, sino que con una jauría de perros se lo pasaba cazando, sin que nadie la acompañara. Pues bien, llegó Reso a dicho lugar, pero no intentó llevarla por la fuerza. Solo le manifestó el deseo de ir de cacería con ella, pues él —como ella misma— odiaba la compañía de los hombres. La mujer se compadeció mucho de lo que él la dijo, persuadida de que le decía verdad.

Pasó un buen tiempo, y ella sintió un profundo amor por Reso. Al principio se controlaban por pura pena; mas luego su pasión se hizo tan violenta que se atrevió a confesárselo. Y así, queriéndolo uno y otra, la tomó por esposa. Más tarde estalló la guerra de Troya. Los príncipes comprometidos mandaron por él como aliado. Mas Argantone, ya fuera por el amor, que era grandísimo, ya porque en alguna manera presintiese lo que sobrevendría, no lo dejó partir.

Pero Reso no se aguantó el volverse muelle con el ocio doméstico. Marchó a Troya donde combatiendo en el río, que ahora se llama Reso, en su honor, fue herido por Diomedes, y murió.

Argantone, al oír de su muerte, salió otra vez al lugar donde primero se habían encontrado, y vagando por doquiera gritaba incesantemente repitiendo el nombre de Reso. Por último, no queriendo comer ni beber por la magnitud de su dolor, pasó de esta vida.

(*Trads.:* M. Briceño J., S. J.).

(*N. B.* Más detalles del epigrama y traducciones pueden verse en *El genio literario griego*, por M. Briceño J., S. J., Ed. Bibliográfica Colombiana, vol. III, 1969).